

Texto 1

Las mujeres sí lloran. Aún lloran. Siguen llorando. Las mujeres se empoderan sin dejar de llorar. Se empoderan asumiendo las lágrimas. Todas las mujeres lloran, aunque no todas facturan. Cada mujer que llora por el desamor lo hace a su manera. Hay mujeres que lloran vestidas de Balenciaga delante de millones de espectadores. Hay mujeres que lloran hechas un ovillo en el sofá y tapadas con la bata de *boatiné*. Hay mujeres que son diosas, lloran cantando y así emocionan a otras mujeres. Hay mujeres que lloran en la trastienda de cualquier barrio, cuando nadie puede verlas.

Hay mujeres que lloran cuando se acuestan sus hijos. Hay mujeres que lloran delante de sus hijos. Hay mujeres que lloran porque no pueden prescindir del sueldo del marido sin caer en la exclusión. Hay diosas que lloran y facturan, o que facturan porque lloran el desamor en los escenarios, hacen del dolor un espectáculo, y así parece que no sufren porque las penas con pan son menos, pero sí sufren. Hay mujeres que lloran porque no pueden desprenderse de sus maltratadores. Hay mujeres que lloran porque se dan pena a sí mismas. Hay mujeres que lloran sin motivo aparente porque cierran los ojos a los motivos reales. Hay mujeres que lloran a través de la anorexia o de la bulimia. Hay mujeres que lloran porque no tienen recursos para buscar ayuda para dejar de llorar. Hay mujeres que lloran en los baños de las discotecas. Hay mujeres que lloran porque se sienten culpables de su propio sufrimiento. Hay mujeres empoderadas en la oficina que lloran cuando se quitan el traje de faena.

Hay reinas que lloran por hartazgo de haber obedecido siempre, y una Princesa Diana hubo que, siendo la mujer más famosa del planeta, lloraba en sus aposentos de noche comiendo un trozo de pizza porque su marido, el Príncipe de Gales, no la quería. Hay mujeres que lloran los sucesivos desamores de su vida. Hay mujeres que lloran por dentro porque no se conceden a sí mismas el derecho de llorar hacia fuera. Hay mujeres que enferman de tragarse las lágrimas. Hay mujeres que lloran de noche y mujeres que se tapan los ojos con gafas de sol para que nadie sospeche que han llorado.

Las mujeres sí lloran por el desamor. O por lo que les dé la gana. Ricas y famosas como Rosalía, Shakira, Karol G; pobres y desconocidas como Ana, María, Esther, Mónica o Isabel. Cada una lo hace a su manera. Como puede y donde puede.

Lucía Méndez, *El Mundo*, 18/11/2023. 420 palabras.

Texto 2

Si nunca ha dejado de pasar, me llamó la atención que me hubiera llamado la atención. Quizá sea porque algunos resortes de nuestras cabezas nos hacen mirar el presente desde perspectivas distintas, adelantadas o quién sabe si idealizadas, porque uno ya no sabe con certeza si el progreso va hacia delante, hacia atrás o hacia los lados. Me llamaron la atención, en fin, algunos de los gritos que se corearon frente a la sede socialista de Ferraz en las protestas contra la amnistía, cuando tantos entre los más radicales gritaron tantas veces la palabra maricón. No eran todos. No eran pocos.

Los que lo gritaron lo hicieron, claro, porque les parece un insulto, y le pusieron lo que se les pone a los insultos para que surtan su efecto: la rabia, no tanto para descargarla sobre su destinatario —que por supuesto—, sino para soltar un poco del odio propio acumulado. Gritan maricón y se sienten mejores, supongo que más hombres. Maricón, maricón, se oía como se oye en muchos otros sitios. Era 2023. En principio, para ellos también.

Podrá decirse que son la minoría y son cada vez menos. Podrá decirse, pero no es seguro que eso sea un argumento. Maricón sigue siendo un insulto para quienes aún lo cantan a gritos en la calle o en un estadio escondidos entre la multitud, que creerse muy hombre no tiene nada que ver con el valor. Al revés: tiene más que ver con la falta de valor. Lo valiente de verdad es imponerse al odio y no dejarse arrastrar.

Maricón o marica o cualquiera de sus variantes todavía se usan como un insulto para quienes toman los derechos por privilegios, la normalidad por ofensa y la educación por adoctrinamiento; quienes se preguntan qué más quieren y adónde vamos a llegar; quienes

lo sueltan en clase o en el trabajo con la idea de señalar y de hacer daño, quizá hasta para sentirse integrados en el grupo mayoritario. Sigue ocurriendo y no en una calle concreta, sea Ferraz o fuera Génova, sino en muchas más y no tan a la vista. Ocurre, por mucho que se haya avanzado, y dejar que pase como esas cosas que pasan contribuye a que suceda por más generaciones.

Se gritan muchas cosas —habrá que hablar un día de la fijación con el hijo de puta—, aunque no deja de ser un reflejo que el término maricón les suene igual a como sonaba en los setenta. Una palabra define, sobre todo, a la persona que la escoge. Eso si la escoge.

José Luis Sastre, El País, 15 noviembre 23, 424 palabras.

Texto 3

En las últimas semanas ha irrumpido con fuerza en España el debate sobre si debe prohibirse el uso del móvil en los centros educativos e incluso si deben adoptarse medidas normativas para retrasar su uso hasta los 16 años, como sostienen algunos grupos de padres. Los teléfonos inteligentes pueden tener efectos contradictorios, de ahí la complejidad de su regulación. Las ventajas que aportan son tan obvias que en poco tiempo se han convertido en una herramienta imprescindible, pero también se ha observado que generan problemas, entre ellos una posible adicción. Según el Instituto Nacional de Estadística, 7 de cada 10 escolares de entre 10 y 15 años tienen teléfono móvil y a los 13 años, el porcentaje alcanza el 94%. El último informe GEM de la Unesco revela que en España desde 2010 se ha duplicado el tiempo que los adolescentes pasan conectados.

Ahora sabemos que la tecnología no es inocua y que concierne a las familias plantearse cuándo y en qué condiciones de uso permiten el acceso de sus hijos a una herramienta con tanto poder de seducción. No hay fórmulas mágicas. La decisión debe tomarse en función de la personalidad y la madurez de los hijos, pero teniendo siempre en cuenta que es imprescindible un acompañamiento atento de los padres, cosa que muchos niños no tienen.

Otra cosa es el uso del móvil en el aula. Hay abundantes estudios que indican que su presencia interfiere en la capacidad de concentración y afecta al rendimiento de los alumnos, lo que ha llevado a numerosos países a limitar o prohibir su uso. En España hay comunidades —Galicia, Castilla-La Mancha y Madrid— que lo han prohibido, aunque dando margen a los centros para decidir su uso con fines pedagógicos. Los expertos recomiendan limitar o prohibir el uso discrecional o recreativo del móvil, pero sin que ello afecte a la tarea de educar a los niños en sus habilidades tecnológicas.

Mientras se profundiza en el conocimiento empírico, hay que evitar apriorismos y polarizaciones innecesarias. En el debate se aprecia cierto miedo que no ayuda a objetivar el problema. Muchos padres temen las restricciones porque han convertido el móvil en un instrumento de control para saber dónde están sus hijos. Y está el miedo a los efectos de la propia tecnología, desde el riesgo de ciberacoso a problemas de adicción, que llevan a pedir que se prohíba antes de los 16 años. La dificultad de educar a los niños sobre el uso responsable de los móviles no debería conducir a soluciones precipitadas o reduccionistas.

Editorial, 13 DE NOVIEMBRE DE 2023 - EL PAÍS, 421palabras.

Texto 4

Define con una palabra tu adolescencia. La pregunta la lanzaba esta semana la cuenta *Freedra* a su millón y medio de seguidores en *Instagram*. Y ha recibido 2.500 respuestas, la mayoría repetidas hasta la saciedad. “Depresión, infierno, ansiedad, inseguridad, TCA, incomprensión, autodestrucción, desorientación, complejos, frustración, llanto, soledad, *bullying*, caos, abandono, trauma, vacío...”. Por cada 20 palabras dolientes aparece algún “kalimotxo” despistado. También se cuela la palabra “libre” y muchas menos el adjetivo “feliz” entre las respuestas. Leerlas me ha recordado lo dolorosa que ha sido siempre la adolescencia, también cuando era analógica. Y me ha hecho reflexionar sobre cómo los adultos nos hemos convertido en expertos en sentenciar el gran problema de los

adolescentes y hemos dimitido de la responsabilidad de acompañarlos en el padecimiento de sus dificultades.

El gran problema, claro, es el móvil. O internet o las redes sociales, como prefieran. Sobre eso existe un amplio consenso adulto. ¿Y cuál es la solución que proponemos? Pues, básicamente, exigir que se desconecten, que no tengan dispositivos o limiten su uso. Y por el camino olvidamos que el problema de la adolescencia ha sido y sigue siendo el dolor. Y la solución que los adultos podemos (y debemos) ofrecer es el acompañamiento como forma de consuelo. Con esto no quiero decir que el móvil sea un dispositivo inocuo. Al contrario, lo vuelve todo más difícil. La relación con el propio cuerpo, con la comida, con la ropa, con el éxito, con el sexo, con el canon de belleza, con el deporte... Hasta estudiar es más complicado con una capacidad de atención mermada por culpa de la tecnología. Pero los adultos (sobre)protectores estamos tan agobiados con el cambio tecnológico que nos hemos olvidado de que la cultura, como la identidad, no se puede arrancar. Y que el origen del dolor no es otro que la propia vida.

Hace unos meses formé parte de un programa donde trabajamos la relación entre salud mental y tecnología con chavales de distintos institutos de la Comunidad de Madrid. En uno de los grupos preguntamos al alumnado por sus miedos. Y a pesar de llevar varias jornadas formándose sobre los riesgos de la tecnología, resultó que sus terrores no pasaban por su *smartphone*. De nuevo, las respuestas se repetían. “Miedo a hacer daño, a que me hagan daño, a no sentirme suficiente, a no ser feliz, a no gustar, a que me ignoren, a no conseguirlo, a perder la ilusión, a que me dejen, a que me engañen, a la Universidad, a sentirme sola”, declararon.

Madres y padres presumimos de lo tarde que damos tal o cual dispositivo a nuestros retoños, pero aumentar el tiempo de presencia y escucha a los adolescentes expuestos a la tecnología no forma parte de la fallida terapia colectiva y coercitiva. Nuestros adolescentes están tristes, solos y a menudo en peligro. Pero nosotros, los analógicos, tampoco fuimos felices. Y ese dolor compartido nos acerca más de lo que nos aleja cualquier dispositivo.

NURIA LABARI. *El País*, 04/11/23, 491 palabras.

Texto 5

Recuerdo aquel momento, en *Días de radio* de Woody Allen, en el que el niño protagonista pega su oído contra el aparato para sentir aún más cerca las voces. Su padre le riñe por lo que considera un vicio inapropiado y el niño se queja con razón, “¡Vosotros también la escucháis!”. A lo que el padre responde con una réplica genial, “¡Ya, pero nuestras vidas ya están destrozadas!”. Algo parecido he pensado cuando esta semana leía que la Fiscalía de Estados Unidos ha conseguido armar un caso de gran enjundia contra la compañía tecnológica Meta por el daño que está provocando en la salud mental de niños y jóvenes. Mi inmediata reacción fue pensar que también está teniendo un efecto malsano en adultos de cualquier edad, incluyendo ancianos que, a pesar de no manejarse bien en el universo digital, se sumergen horas en su pequeña pantalla, abandonando hábitos en los que fueron educados.

En estos días anda circulando el texto de un grupo de profesores de varias universidades europeas que ha sido bautizado como el Manifiesto de Liubliana por la lectura atenta en el que se defiende la necesidad imperiosa de la lectura profunda, intensiva, paciente que solo los textos largos, es decir, los libros, pueden aportar. El manifiesto es una llamada desesperada al mundo de la escuela y al universitario por cuanto es allí donde se crean los hábitos de lectura y el pensamiento crítico. Definen estos profesores la lectura que hacemos hoy a través de las pantallas como insuficiente y superficial, consistente en ir picoteando titulares que nos provocan una inmediata reacción irreflexiva. La lectura que no nos exige atención plena, paciencia y desconexión de otros estímulos tiene la fatal consecuencia de estar robándonos la posibilidad de crear una opinión genuina que nos arme como ciudadanos y nos impida engullir discursos simples que no exigen el sano ejercicio de la duda. Aunque no hayamos sido nativos digitales, los adultos también vamos perdiendo habilidades lectoras, y los niños empiezan por no adquirirlas. Si la información es a través de canales que priorizan el titular; si lo que recibimos es un picoteo de vídeos

que acortan las entrevistas convirtiéndolas en fragmentos que definen injustamente a los personajes; si el algoritmo nos hace llegar imágenes que reflejan solo el dolor de los nuestros; si nuestra paciencia ya no resiste un reportaje o un artículo de fondo, ¿cómo estamos construyendo nuestras opiniones? ¿Asumimos como verdades los discursos simplistas de políticos que apelan a lo más visceral de nuestro carácter? Esto es algo particularmente peligroso en momentos como el que vivimos, en el que deberíamos leer antes de hablar, o de escribir.

Si no proporcionamos las armas de la cultura escrita a quienes estamos educando, no podrán defenderse de un mundo a punto de dar un giro todavía más dramático hacia posiciones primitivas e irreconciliables. En un mundo tan belicista no podemos dejar a nuestros niños desarmados —de palabras—.

Elvira Lindo, *El País*, 29 octubre 2023, 486 palabras.

Texto 6

La brutalidad desatada entre los atentados salvajes de Hamas contra inocentes israelíes y la respuesta sin medida contra los civiles palestinos de Gaza debería indicarnos que la violencia es una respuesta fallida en todo conflicto. Los que apuestan por la agresividad son conscientes de romper la línea de diálogo. No es accidental, pugnan por seguir obligando a los países a relacionarse por equilibrios de fuerza. Por desgracia, las relaciones personales están contaminadas de un instinto idéntico de agresión y marcaje territorial. No es raro presenciar en nuestros días cómo una nimia discusión en los asientos del tren, en una cola de espera, en un incidente de tráfico desencadena una serie insostenible de amenazas e improperios. Últimamente es habitual escuchar a gente que habla por teléfono como si escupiera fuego sobre otros.

Esa violencia desmesurada, pero al mismo tiempo eludiendo las consecuencias, es la que domina nuestra época. Los chavales se arraciman a patear a otro como han visto hacer en la tele y hasta algún partido político vende como reclamo la posesión de armas en nuestro país, cuando todos vemos el efecto implacable que ese supuesto derecho ha causado en países desarrollados, con índices de mortalidad inaceptables. Hace algunas semanas, un niño de seis años estadounidense disparó contra su profesora, aquí uno de 12 apuñaló a una compañera. ¿Existe mejor prueba de lo que significa introducir las armas en la vida cotidiana? Pues ahí estamos, sumisos a una estética de pistolas y catanas que nos hace daño mientras hace caja. Es repugnante el mercadeo de armamento sofisticado y la fascinación por la mecánica de destrucción que ha superado los 600 días en la guerra en Ucrania, sin que nadie se esfuerce en serio por detener la carnicería.

Desde que tuvo lugar aquella escena en la que el actor Will Smith se atrevió a abofetear al presentador de la gala de los Oscar, muchos nos hemos preguntado por la verdad escondida tras ese gesto desmesurado y paranoide. Gracias a las memorias de la esposa de Smith, ahora sabemos que en aquel momento llevaban seis años de separación y comprendemos, por fin, que se trató de una sobreactuación culpable. Respondía al afán del agresor de presentarse como justiciero universal mientras le ofuscaba su incapacidad íntima e inconfesable. Sirva ese ridículo ejemplo para terminar de cerrar este círculo de violencias en el que nos movemos. Todo acto de agresión es una derrota inapelable de la inteligencia. Incluida la representación narrativa, que es ya hoy un tópico perezoso de la incapacidad creativa. No lo duden, cada estallido violento esconde la verdadera historia de una impotencia.

DAVID TRUEBA, *El País*, 24 OCT 2023, 431 palabras.

Texto 7

El impacto de las nuevas tecnologías digitales en nuestras vidas es tan poderoso que cuando tratamos de abordar uno de sus efectos, ya estamos sumergidos en el siguiente. La mayor parte de esos impactos llegan a través del teléfono móvil. Es solo un instrumento

de comunicación, pero su uso está cambiando las conductas, las maneras de relacionarnos y hasta la forma de percibir la realidad. Y no solo porque reclame constantemente nuestra atención, sino porque, como explica Ignasi Gonzalo Salellas en su reciente libro *La excepcionalidad permanente*, a través del móvil se materializa el dominio del algoritmo, que modifica tanto nuestra subjetividad individual como la colectiva. Es a través de los algoritmos que gobiernan las redes sociales como la economía digital nos convierte en producto de un negocio tanto más rentable cuanto más tiempo consigan atraparnos. Empezamos a ser conscientes de los efectos del poder de seducción de este nuevo sistema. Y, sobre todo, no sabemos cómo proteger a los más vulnerables, que son los niños.

Hace tiempo que se debate si prohibir o no los móviles en el aula. Cada vez hay más evidencia científica de que la presencia del móvil en el aula afecta a la capacidad de aprendizaje, aunque los efectos no impactan a todos por igual. Todo depende de la capacidad de autocontrol. Pero como advierten muchos expertos, el problema del móvil no está en el aula, donde es fácil regular o restringir su presencia, sino en casa, en el resto de la vida. Lo conflictivo no es el aparato, sino los contenidos que llegan a través suyo. Es curioso que ahora mismo, quien educa la sexualidad de la mayoría de los niños no es la escuela sino la pornografía. Una pornografía machista y violenta que les llega al móvil sin buscarla.

El sexo y la violencia son los reclamos más eficaces en la estrategia que la economía de plataformas aplica a través de los algoritmos para atrapar la atención de los usuarios y mantenerlos enganchados. Nunca como ahora los niños y adolescentes habían estado expuestos a una hipersexualización tan intensa. Los vídeos y las canciones que consumen modulan su percepción de la realidad y su forma de relacionarse. Si nadie les ayuda a interpretar ese contenido, acaban interiorizando como normales las conductas violentas y sexistas de la pornografía. Y quieren emularlas en la realidad.

Al final, son ellos mismos las principales víctimas de una economía del algoritmo que no busca educar, sino aumentar la cuenta de resultados. Tenemos debates del siglo XIX sobre el adoctrinamiento moral de los alumnos en el aula, cuando el principal problema de la educación del siglo XXI es que quien más influye en los niños son empresas privadas que aumentan su beneficio cuanto más tiempo permanecen viendo aberraciones.

Milagros Pérez Oliva, El País, 9 octubre 2023, 458 palabras.

Texto 8

En el mundo anglosajón y en muchos otros países, los medios están prestando atención al regreso a las aulas bajo la sombra de la inteligencia artificial generativa: ChatGPT (Open AI), Bard (Google) y Bing (Microsoft), por citar las más conocidas y utilizadas. Estas herramientas son capaces de escribir pequeños ensayos, y para muchos docentes suponen una amenaza a la educación tal y como la concebimos hoy en día. Hay una preocupación real por la delegación del esfuerzo intelectual en estas aplicaciones, cuyos resultados no son, además, fiables. Pero conviene preguntarse también cuánto hay de preocupación real por la formación de los estudiantes y cuánto de pereza intelectual para reflexionar con seriedad y rigor sobre las tecnologías y su impacto en la educación, en el trabajo y en la vida cotidiana.

No se puede vivir de espaldas a la realidad. Ayudé a mi propia hija a utilizar ChatGPT para escribir un trabajo de clase sobre el Lazarillo de Tormes. Hicimos cinco preguntas a ChatGPT y ella sintetizó las respuestas. Su trabajo logró un 10, la puntuación máxima. He probado estas aplicaciones y proporcionan referencias falsas que es necesario contrastar. Y ya sabemos que la privacidad no existe en el mundo digital. Las grandes corporaciones aspiran a dominar nuestra búsqueda de información y conocimiento. Nada es gratis en un mercado multimillonario que, además de beneficios, proporciona poder de influencia y de manipulación.

En los claustros de institutos y en los departamentos universitarios, debería discutirse cómo se va a enfocar esto. Animar a los estudiantes a utilizar estas herramientas, pero advirtiéndoles al mismo tiempo sobre sus ventajas e inconvenientes. En los Estados Unidos y el Reino Unido, las autoridades educativas han publicado diversa documentación para que

sirva de referencia a directivos escolares y docentes. Incluso Open AI, la empresa detrás de ChatGPT, acaba de sacar una guía para el profesorado, con pautas útiles y buenas ideas.

Los estudiantes de hoy están abocados a vivir y convivir con tecnologías cada vez más sorprendentes y asombrosas. Y quienes los están formando deben tenerlo en cuenta. Mirar estas herramientas desde la simple perspectiva del copieteo de trabajos es un error grave. Lo que se está decidiendo hoy es cómo va a ser la sociedad de los próximos años, quién va a tener el poder en la sombra. Y corresponde al sistema educativo formar para comprender. Lo demás es humo.

Enrique Benítez, *El periódico de España*, 16 de septiembre, 393 palabras.

Texto 9

En una sociedad cada vez más centrada en la inclusión y la accesibilidad, el esfuerzo físico debería minimizarse no solo en los lugares de trabajo, sino también en las viviendas, los espacios públicos y los servicios digitales. Esto significa la implementación de tecnologías accesibles, la instalación de rampas y ascensores en edificios públicos y privados, el diseño de mobiliario a alturas adecuadas, y la consideración de las necesidades de todas las personas al diseñar experiencias de usuario en línea.

Este enfoque de diseño busca crear productos y entornos que puedan ser utilizados por todas las personas, hasta donde sea posible, sin la necesidad de adaptaciones o un diseño especializado. Entre sus principios fundamentales, encontramos el bajo esfuerzo físico. Esta norma implica que cualquier diseño debe poder ser utilizado de manera cómoda y eficiente, con el mínimo esfuerzo físico posible.

El mundo necesita más diseños que permitan a todas las personas, independientemente de su condición física, acceder y participar en todas las facetas de la vida. El esfuerzo físico debería minimizarse no solo en los lugares de trabajo, sino también en las viviendas, los espacios públicos y los servicios digitales. Esto significa la implementación de tecnologías accesibles, la instalación de rampas y ascensores en edificios públicos y privados, el diseño de mobiliario a alturas adecuadas, y la consideración de las necesidades de todas las personas al diseñar experiencias de usuario en línea.

La inclusión, después de todo, no es un privilegio, sino un derecho. Y garantizar la accesibilidad mediante el uso eficiente y cómodo con el mínimo esfuerzo físico es un paso crucial en este camino. Sin embargo, para garantizar un cambio efectivo y duradero, se necesita mucho más que aplicar este principio en el diseño de productos y espacios físicos. También necesitamos un cambio en nuestra mentalidad y actitudes.

Es vital que comprendamos que el diseño inclusivo y accesible no es solo beneficioso para las personas con discapacidades, sino que mejora la vida de todos. Un entorno que se puede utilizar con el mínimo esfuerzo físico es más cómodo y conveniente para todos, sin importar su condición física.

Cuando diseñamos con el mínimo esfuerzo físico en mente, no solo estamos haciendo el mundo más accesible, sino que estamos reconociendo y afirmando la igualdad y el valor de todas las personas. Es un camino que vale la pena seguir para construir un mundo más inclusivo y accesible para todos.

Mariano Cuesta y Nuria del Saz, *Eldiario.es*, 10/08/23. 398 palabras.

Texto 10

Decir que la acción climática es urgente es casi quedarse corto. Es casi un mantra que parece hasta retórico porque los hechos son irrefutables. El 3 de diciembre la COP28 tiene como principal tema de debate la salud, sin embargo, los escenarios actuales no podrían estar más alejados de respuestas políticas comprometidas. Los datos recientes publicados hace unos días por *The Lancet Countdown* muestran como las muertes por calor en grupos de edad más vulnerables incrementan, especialmente en los más mayores: crece un 85% en mayores de 65 años entre 2013 y 2022. La superficie terrestre mundial

afectada por sequías extremas aumentó del 18% en 1951-60 al 47% en 2013-22, con las implicaciones que eso tiene para las comunidades que ven absolutamente mermada su subsistencia. De acuerdo con los datos de Naciones Unidas, se prevé que 600 millones de personas más sufran hambrunas en 2030.

En términos de enfermedades, el número de casos de malaria crece, así lo registraba la OMS en un informe publicado esta misma semana. Hemos pasado de 233 millones de casos registrados en 2019 a 249 millones en 2022. La transmisión de enfermedades crece debido a los cambios de temperatura, y en el caso de la malaria la humedad, las precipitaciones, los eventos extremos, como las olas de calor y las inundaciones, pueden influir en la carga de morbilidad. Por otra parte, la contaminación producida por la combustión de energías fósiles tiene un impacto directo en salud provocando desde asma, alergias o enfermedades respiratorias y cardíacas en pacientes. Se estima que se producen 6,5 millones de muertes anuales a nivel global debido a la contaminación del aire y la cifra incrementa.

Estas son algunas evidencias del impacto en la salud y en los ecosistemas que tiene el cambio climático. Es por ello por lo que, en esta COP28, la salud debe estar en el centro de las negociaciones. No son pocas las voces que defienden que la crisis climática es una emergencia de salud pública y la OMS debería actuar en consecuencia.

Sin embargo, a pesar de estos impactos en salud las emisiones de CO₂ relacionadas con la energía crecieron un 0,9% en 2022, hasta alcanzar un máximo histórico, lo que hace cada vez más imposible alcanzar los compromisos de París de no superar el incremento de la temperatura global en 1,5°-2°. Y por si esto fuera poco, el Fondo Monetario Internacional (FMI) ha publicado recientemente que el volumen global de subsidios a los combustibles fósiles alcanzó la cifra récord de 7 billones de dólares en 2022, 2 billones más que en 2020.

Veremos cuales son los resultados de esta cumbre, y aunque con escepticismo, no dejamos de pronunciarnos con la esperanza de que el compromiso con el interés general y el planeta, y la voluntad de la ética rijan las decisiones de muchos políticos.

Irene B. Carcelé, *El Independiente*, 5 de diciembre de 2023, 469 palabras.